

de esta última generacion de Jesuitas que vió las desgracias de su instituto, reemplazando en el mundo sábio á los Padres Juan de Ulloa, Jorge Hermann, Reuter y de la Marche (1), muertos hácia los años 1760 á 1766. Todos ellos marcharon por las huellas del Padre Zech, el mayor canonista alemán del siglo XVIII.

Diseminados por el mundo, llevan á todas partes el amor á la erudicion y á las letras. Aquí vemos á los exegetas Pedro Curti, Hermann, Goldhagen, Juan Gener, Alfonso de Nicolai y Champión de Cice-Nilon; allí, á Weith, Javier Widen-Hoffen, Ignacio Weitenaver, y Nicolás de Diesbach, soldado, protestante, predicador, y controversista de la Sociedad de Jesús, Carlos Sardagna Mutschell, Antonio Weissembach, el adversario de los Josefistas, Sigismundo Storchenau, Nonnotte, Schvenfeld, Noghera, y Agustin Barruel, el ingenioso autor de las *Helviennes*, son los últimos atletas de la Compañía. En las disputas sobrevenidas entre los Nuncios del papa y los electores eclesiásticos de Alemania, desde el 1786 al 1792, refiere el cardenal Pacca (2), aun fueron los antiguos Jesuitas los que se presentaron en la lid contra los enemigos de la Santa Sede; y con escritos sólidos y victoriosos llegaron á esclarecer y á fortificar á los fieles. El cardenal cita en la primera línea de estos hombres que defendieron la Iglesia contra los ataques mismos del clero, al sábio canonista Jacobo Zallinger, y al infatigable Feller. Feller, fué el genio del trabajo unido al mas vivo entendimiento y á una erudicion completa. Tan pronto se apareció como historiador, como filósofo, geógrafo, teólogo y polemista. Enciclopedia viviente, ha arrojado al mundo sus inspiraciones sin tomarse el tiempo de dar colorido á su pensamiento. El fué quien protegió á la Bélgica, su patria, contra las arbitrariedades de José II; quien sostuvo los derechos de sus conciudadanos enseñándoles á resistir á innovaciones tiránicas; y según el testimonio de M. de Gerlache, historiador moderno de los Países-Bajos, los escritos de Feller, ejercieron una gran influencia en el congreso Belga de 1790. Feller fué el jefe de la Cruzada contra las doctrinas de José II y del obispo Juan Nicolás Hontehim, conocido mas bien bajo elseudónimo de Febronio; pero en esta lucha de la unidad con las innovaciones, Feller encontró apoyo entre sus antiguos hermanos del instituto. Se batia á la Iglesia en brecha, ya con el sarcasmo, ya con sistemas sacados del olvido; los Padres Pedro de Doyar, Ghesquier, Na-

(1) El padre Francisco de la Marche, que fué enviado á la Martinica y condenó allí á Lavalette, es el autor de la *Fé justificada de toda tacha de contradiccion con la razon*. Los biógrafos le llaman ordinariamente y por equivocacion, de la Marre.

(2) *Mémoires historiques du cardinal Pacca*, t. 1, p. 103.

vez, de Saive (1) y Corneille de Smet, se precipitaron con valentia en el combate teológico, y en él se hicieron notables por su polémica tan viva como sensata. Estos Jesuitas defendieron la autoridad en el mismo punto atacado; otro Jesuita, el P. Zaccaria, llegó desde el interior de la Italia, á ofrecer al catolicismo una cooperacion que decidió la cuestion en su favor. Zaccaria habia sido el amigo predilecto de Benedicto XIV y de Clemente XIII. Clemente XIV le apreció igualmente, y Pio VI puso en él toda su confianza. Zaccaria no fué insensible al ver el riesgo en que se encontraba la Iglesia. Combatió y refutó á Febronio de tal modo, que Nicolás de Hontheim, convencido de sus errores, tuvo valor suficiente para abjurarlos.

Capitani de Mozzi, Berthier, Panizzoni, Daguét, Budardi, Griffet, Baudrand, Minetti Beauvais Couturier, Tartagni, Gravina, Fontaine, Champion de Pontalier, Juan Grou y Stark terminaron en el mundo las obras ascéticas que dieron á sus nombres una piadosa celebridad. Si llegais á encontrar, dice Chateaubriand (2), un eclesiástico de edad madura, lleno de saber, de talento y de amenidad, sociable, y con todas las maneras propias de una selecta educacion, os vereis dispuesto á creer que este sacerdote fué en otro tiempo Jesuita. El Jesuita reina aun en el pensamiento del cristiano; domina por la sencillez de sus virtudes; se hace amar por la amenidad de su genio y exactitud de sus discursos, y por su urbanidad llena de un tacto fino y delicado. Es verdad que ya no existian en sus filas los Laynes y Belarminos, Petaus y Bourdaloues; la decadencia literaria del siglo XVIII llegó á sentirse hasta en los discipulos de Loyola; pero si no llegaron al genio y elevacion de ideas de sus predecesores, los que á estos siguieron, al ménos en continua lucha contra esa misma decadencia que combatieron por tan largo tiempo, aun se revelaron como oradores é historiadores, como filósofos y criticos, como eruditos y literatos.

Berthier se pone al frente de aquellos que siguen en sus trabajos á pesar de la proscripcion. Este fué el redactor tan distinguido del *Journal de Trévoux*, y se mostró tan formidable por sus luces y por su moderacion, que ha neutralizado los infinitos ultrages bajo cuyo peso se han esforzado los filósofos por oscurecer su nombre. Berthier fué el continuador de la *Historia de la Iglesia galicana* del padre Longueval, y su talento como analista nada le hace perder en sus cualidades filosóficas. Gabriel Brotier, así como los demas Jesuitas, consagró al estudio el resto

(1) El padre de Saive habia consagrado su existencia al triunfo de la fé. En 1811, cuando el supuesto concilio de Paris amenazaba á las libertades de la Iglesia, este Jesuita estaba anciano y enfermo; y sin embargo, se hizo transportar á Francia para reanimar el valor de los obispos de Bélgica, de quienes era consejero.

(2) *Mélanges de Chateaubriand*.

de su vida. Arqueólogo, químico y médico, adquirió, por su edición de Tácito y otras obras, una reputación tan sólida como brillante, que el tiempo no hará olvidar. Butler, Morton y Stukeley, profesores de la Universidad de Oxford, alentaron al Jesuita en sus trabajos. El padre Desbillons, el último de los romanos, Buenaventura Giraudeau, Lenoir-Duparc, Coster, Lorenzo Paul, Feraud, Teodoro Lombard, Ansqüer de Poncol, Cunich, du Hamel, Blanchard, Ives de Querbœuf, Miguel Korycki, Domairon y Corret, se hicieron útiles á su patria por sus obras instructivas y morales. Grossier reemplazó en el *Année littéraire* al formidable Freron, formado en el seno de la compañía de Jesús, y quien, mutilado por Voltaire, se engrandeció, sin embargo, en la memoria de los hombres, siendo reputado como esos de unos atletas de crítica á quienes el genio no ha podido confundir bajo su cólera. En el instante mismo en que Grossier se apoderaba de la sucesión de Freron, otro Jesuita, que hará después la fortuna del *Journal des Débats*, el padre Geoffroi, comenzaba su carrera en el *Année littéraire*. Claudio de Marolles, Reyre, Perrin, Pavillon du Rivet, Roissard, de Bulonde, Richard Trento, Pellegrini, Saracini Venini, Masdeu, Wurz, Merz, Larraz y Winkelköfer, son aun los predicadores mas estimados de su tiempo. Miguel Denis llegó á ser el poeta de Alemania. Amigo de Klopstock, de Schiller y de Goethe, tendiendo como éstos á una regeneración literaria, popularizó con sus versos y con su *Ossian* el idioma nacional en Austria. Fué consejero áulico y director de la Biblioteca imperial de Viena. Volpi y Santi, Granelli y Lagomarsini no vieron la caída de la Compañía. Poetas y oradores, precedieron á su instituto en su tumba. Bettinelli, Rubbi, Giorgi, Raffei, Navaés, Antonio Ambroggi y Tiraboschi, les reemplazan en la gloria que va unida á las producciones del genio. Tirabeschi compuso su *Historia de la literatura italiana*; Andrés no se limitó á un cuadro tan reducido, y emprende y lleva á cabo su *Origen y progresos de la literatura*. “El Orden de los Jesuitas, en la época de su expulsión de la España, así se expresa el anglicano Coxé (1), poseía literatos, sabios y matemáticos distinguidos. Los nombres de Andres Arteaga, Eymereich, Burreil, Cerda, Colomes, Eximenes, Isla, Lampillas, Lasala, Masdeu, Montengon, Nuix y Serrano, serán siempre recordados por las letras.”

El caballero de Azara, ese diplomático cuyo talento será tan célebre como su amor á las artes, contribuyó con toda su influencia á la destrucción de la Compañía de Jesús. No obstante, en Roma, tenía el mayor placer en recibir en su palacio á Andres Requeno, Ortiz, Clavigero y Arteaga. Sus talentos le hacían olvidar

(1) *L'Espagne sous les Bourbons*, t. V, p. 29.

sus preocupaciones filosóficas, pues como dice el citado historiador anglicano: “Durante la permanencia de los Jesuitas españoles en Italia, un sin número considerable de éstos cultivaban con aplauso las ciencias y las letras. Las bibliotecas públicas se vieron frecuentadas por estos hombres ansiosos de instrucción, y á quienes la desgracia inclinaba aun con mas fuerza hácia esta ocupación consoladora. Las academias y aun los mismos teatros repetían el eco de sus discursos y de sus obras. En los periódicos literarios depositaban el fruto de sus investigaciones continuas; y, es preciso confesarlo para su gloria, sus discusiones llevaron las mas veces por objeto el honor de aquella misma patria que tan inhumanamente les habia arrojado de su seno, contra las aseeraciones violentas de algunos escritores italianos que trataban de rebajar la riqueza y glorioso renombre de la literatura española.”

Lo que Coxe cuenta de los Jesuitas desterrados de la Península, puede con justa razón aplicarse á los padres de los demas países. Hobrizonber, Cordara, Reiffemberg, y Nicolas Muszca vivían aún; Beraul-Bercastel componía su *Historia de la Iglesia*, Guerin du Rocher, la *Historia verdadera de los tiempos fabulosos*, y Francisco de Ligny su *Historia de la vida de Jesucristo*. Por el mismo tiempo, Estalishao Naruszewicz, poeta lírico y prosista, daba la última mano á su *Historia de Polonia*. Daniel Farlati, desembrollaba el caos de las antigüedades de la Illiria, y bajo el título de *Illiricum Sacrum*, elevaba un monumento cuyo mérito y grandeza ensalzaron los autores protestantes de las *Actas de Leipsig*. Laugier trazaba la *Historia de Venecia*. Kaprinai escribió, de orden de José II, los anales de la Hungría, que acabó de desarrollar el padre Jorge Pray. Lanzi era todo á la vez; narrador, anticuario y poeta; Schwartz publicó su *Collegia histórica*; Burriel su *Tratado sobre pesos y medidas de la Historia*. Velly, Millot, Duport-Dutretre, antiguos Jesuitas, Manue Correa, Javier Panel, Nicolas Schmidt, Katona, Marco-Hansitz, José Biner, Hartzheim, Schall y Benedetti, se ocuparon en reconstituir los anales de los pueblos, sacando del olvido antiguos manuscritos ó estudiando las monedas, ó la jurisprudencia eclesiástica. Guillermo Bertoux refiere la *Historia de los poetas franceses*. Legrand D'Aussy, reúne los *fabulistas de los siglos XII y XIII*, y escribe la vida de Apolonio de Thyana; Juan Masdeu da principio en Italia á la Historia de su país. Luis Jacquet, una de las glorias científicas de Lyon, dió á la academia y á la barra del tribunal, reglas de buen gusto, de jurisprudencia y de probidad literaria, mientras que Georgel (1) redacta sus *Memorias* parciales, y que Gus-

(1) En el momento de la estinción de la Compañía de Jesús, Georgiel unió su suerte á la del cardenal Luis de Rohan. Le siguió á Viena en 1772, con

ta compone las del marques de Pombal, obras en que las mas veces la pasion ocupa el lugar de la verosimilitud.

La caridad de los Jesuitas en Buenos Aires, hizo Jesuita á Tomas Falkner, cirujano inglés, á quien la muerte iba muy luego á arrebatarse sobre la playa extranjerá. Debíó su vida á la Sociedad de Jesus, y se la consagró toda entera. El anglicano se hizo misionero católico; y cuando ya no le fué permitido anunciar el Evangelio á los Salvages, volvió á Inglaterra, y allí compuso su descripcion de la Patagonia, Morcelli, el maestro de la epigráfica, determinó los principios de la inscripcion monumental; Coletti, Linneck, Haicen, Bouth, Oudin, Patouillet, de Menou, Dobrowski, de Rossi y Thmlen (1), removieron cada cual en honor de su patria, y desde el lugar de su destierro, las tradiciones y sucesos que extendieron el círculo de los estudios históricos.

En este incesante sacrificio á la humanidad y á la ciencia consumieron los Jesuitas sus postreros dias, con trabajos á cual mas diversos; honraron su instituto aniquilado; otros le ilustraron con su nacimiento y grandes nombres unidos á él. Hombres piadosos, sábios, inteligentes y sumisos á la autoridad apostólica, despidieron una brillante luz en los dos primeros siglos de la Sociedad; y tampoco faltaron quienes les igualasen en el XVIII. Entonces, como ahora, siempre contaron en sus filas herederos de todas las noblezas. Algunos años ántes de su destruccion se notaban entre los discípulos de Loyola los padres Gabriel de Clermont, José de la Ferte, Francisco de Seedorf, Vicente de Serant, Gilberto de La Chatre, Spinola, Armando de Montesquiou, Dudon, Corradini, Francisco D'Armaillé, cuatro Fleuriau D'Armenonville, Antonio de Beauvilliers, Olivieri, de Kerivon, René y Felipe Descartes, Gabriel de Kergarion, de Fegeli, du Botderu, de Fontenelle, Sagromoso, de Blainville, Antonio de la Boessiere, Francisco de Coetoglon, tres Lagranville, Radominski, Hervé de Montaigú, de Voisvenet, Bonneuil y Tauneguy du Chastel.

el cargo de secretario de embajada, y por afecto al cardenal, se mostró injusto con la reina Maria Antonieta de Francia, en el negocio del Collar, y en 1802, despues del Concordato, el primer cónsul le ofreció un obispado que rehusó.

(1) Nació Thmlen en 1746 en Gothembourg: educado en el luteranismo, se encontraba en Cádiz, en el momento en que abordaron allí los Jesuitas de México. Se les iba á deportar á Italia, y se embarcó secretamente con ellos. Participó de sus privaciones en el mar, y de su destierro en la isla de Córcega. Le fué propuesto un ventajoso casamiento, y Thmlen, á quien conmovió extraordinariamente la resignacion de los Jesuitas, solicitó la gracia de participar de sus peligros y miserias. Fué mandado al noviciado de Bolonia, donde hizo sus primeros votos, y despues de la supresion, se entregó á los estudios históricos y morales, en los que se supo distinguir.

Estos Jesuitas bajaron á la tumba cuando la Compañía estaba en pugna con la adversidad; pero otros retoños de las mas ilustres familias llevaron su luto en los mas lejanos destierros. Entre estos deportados en nombre del honor nacional, se contaron los padres Idiaquez, duque de Granada, Nicolas y José Pignatelli de Fuentes, Raimundo de Aguirre, Pedro de Céspedes, Salazar, Gaetano del Giudice, Sandoval, Iturriaga, San Estevan (1), Zúñiga, Caracciolo, Javier de Luna, Parada, Pallavicino, José Gravina, Juan de Guzman, Noronha de Arcos, Santiago de Camera, Francisco de Portugal, Nuñez de Cuba, Rodriguez de Mello, Juan de Ossuna, Carlos de la Serna-Santander, Correa, Timoteo de Oliveira, Manuel de Acevedo, Federico Pallavicini, y Mendoza.

La Alemania, la Francia, la Polonia y la Suiza, tienen como la España, el Portugal y la Italia, su contingente de ilustres nombres que ofrecer á la Compañía de Jesus. Los padres Ignacio de Wrede, Federico de Reiffenberg, Leopoldo Apfalter, Nicolas de Diesbach, Odiltz de Wuffen, Sigismundo de Hohenwart, Estevan Michalez, Juan Sainovicz, José de Huberth, Antonio de Sonnemberg, Enrique de Baring, Gerónimo de Wymar, Juan Pezytuski, Fernando de Hexthausen, Benislawski, Estanislao Kanouski, Naruszewicz, Carlos Palma, Casimiro Swirski y Popiel. De una parte y de otra aparecen Francisco de Dufort, Luis de Grosbois, Guillermo de Ressequier, seis Villeneuve, de Noé, de Reissac, de Monteil, Estanislao de Beaumanoir, de Sinety, de Montégut, de Saint-Jean, de Ponteves, de Matha, de Coriolis, de Montepin, de Gueydan, de Castellane, de Champagny, de Savignac, de Vaubonn, de Choin, de la Tourette, de Vertrieu, de Saint-Germain, de Beaupré, de la Peyrouse, de Chateaubrun, de Montalembert, de La Condamine, de Vaujors, de Courcelles, Ripert de Monclart, de Chateaufeuf, de Seguiran, de Montgenet, de Villete, du Fougerais, de Portula, de Montjustin, du Chatellard, Noyelle, Gantheaume, Juan Bautista Portalis, Tharin, Courvoisier, de Serres, Alberto de Rodas, Montmejan, de Fumeron, Jorge de Colgrave, de Fournel, de Camus, La Valette, de Réals, Champion de Cicé-Nilon y Cicé de Pontalier, Lascaris, de la Fay, Fabricio Caraffa, Mattei, Grimaldi, Juan Strozzi, Carlos de Briguole, Visconti, Durazzo, Rospigliosi, Piaciani,

(1) El padre de San Esteban, de una de las mas antiguas familias de España, se hizo naturalizar en Francia. Fué agente general del clero; y despues entró en la Compañía de Jesus y solicitó la mision de las Indias. Los superiores accedieron á sus ruegos; y en 1730 se encontraba en Pondichery, cuando lo mas fuerte de la guerra entre los franceses y los ingleses. De convenio con el padre Lavaur, proporcionó muchas veces recursos al ejército del conde de Lally. El Bearnés, mandó al Jesuita á los estados generales, donde formó parte de la asamblea constituyente.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Reggio, Oderico, Manciforte, Tartagni, Sanseverino, Rezzonico, Jacobo Belgrado, Nicolás y Juan Tolomei, César de Cordara, Roberti, José de Médicis, Aloeis de Mozzi, Granelli, Pellegrini, Muzarelli, Tadeo Nogarola, D'Elci, Borghése, de Cardito, Riccati, Litta, Calini, Guy Ferrari, Oddi, Ghisleri, Albergotti, Marsili y Doria.

Apoyados en estos nombres, tan célebres en la Iglesia, en la guerra, en la magistratura, en la diplomacia y en la corte, la Compañía de Jesus predicaba, instruía y escribía. Calumniando sus doctrinas y deshonrando su pasado y su porvenir, se trató de persuadir á la Europa que en cada una de estas ilustres familias, así como en el hogar mas humilde, se encontraban naturalezas de tal modo perversas, que fuesen capaces de renunciar las riquezas, la gloria ó la oscuridad, á fin de condenar su alma y voluntad propia á la corrupcion de la especie humana. Los parlamentos y los reyes de la casa de Borbon quisieron mancillar la Orden de Jesus, sin tener presente que se acusaban á sí mismos en sus familias, en sus mas fieles súbditos y en las glorias de su patria. Declararon que el instituto de Loyola era perjudicial á la Iglesia, á las monarquías y á los pueblos; mientras que todos esos Jesuitas, cuyos antepasados habian engrandecido su país, estaban combatiendo para sostener á los tronos vacilantes, y proclamaban con la santidad de su vida la diestra prevision de los filósofos, el error de la justicia y la ceguedad de los príncipes.

Esta ceguedad no dejó de ser conocida por aquellos hombres que se impusieron á sí mismos la direccion del espíritu público. El 4 de Mayo de 1767, D'Alembert, en su correspondencia con Volter, tomando por su cuenta al rey Carlos III de España, censura agriamente los actos de despotismo anti-jesuitico que celebra al mismo tiempo por convenir á sus miras. "Creéis acaso, así escribia al patriarca de Ferney (1), el contenido de la carta de M. de Ossun, leída en pleno consejo, y que dice que los Jesuitas habian formado el complot de asesinar el Jueves Santo, (en buenos dias, buenas obras) al rey de España y á toda la familia real. ¿No creéis, como yo, que á pesar de que son bien malos, no son tan locos que piensen en hacer eso, y no deseariais que esta noticia se pusiese en claro? ¿Y qué me decís de la pragmática del rey de España que los espulsa tan bruscamente? Persuadido vos, como yo, de los fundados motivos que para esto habrá tenido, ¿no creéis conmigo que hubiera sido mejor publicarlos, en lugar de encerrarlos en su corazón real? ¿No pensais igualmente que ha debido permitirse á los Jesuitas el que puedan justificarse, sobre todo cuando habia una seguridad de que no podian hacerlo? ¿No juzgais ademas como injustisima la disposicion que á todos les hace morir de hambre, en el mo-

[1] *Cuvres de D'Alembert*, tom. XVI, pág. 11.

mento en que un solo hermano escriba bien ó mal en su favor? ¿Y qué os parecen, por último, los cumplidos que hace el rey de España á todos los demas frailes, sacerdotes, curas, vicarios y sacristanes de sus estados, que á mi ver, no son menos perjudiciales que los Jesuitas, aunque no tengan la importancia que éstos?"

Por esto se conoce que segun las confesiones de D'Alembert, la caída de los discípulos de San Ignacio no era sino el primer golpe del hacha dispuesta á derribar la Iglesia católica. En la misma época, Duclos, moralista, historiador y anecdotista, á la manera de los filósofos, deja, en su *Voyage por Italia*, entrever igual esperanza. "Las Ordenes regulares, dice este (1), se han alegrado indudablemente de la espulsion de los Jesuitas; pero han tenido la decencia suficiente para ocultar esa misma alegría, un poco acibarada por el temor que tienen respecto á sí mismos. Tocante á las provincias, si las operaciones del parlamento no hubiesen sido confirmadas por un edicto casi arrancado al Soberano, dudo mucho que los demas parlamentos, exceptuando el de Rouen, hubiesen seguido el ejemplo del de Paris. No temo asegurar, y lo he visto muy de cerca, que los Jesuitas tenian y tienen aun sin comparacion mas partidarios que enemigos. La Chalotais y Monclar fueron los únicos que dieron impulso á sus compañeros, y fué preciso echar mano de resortes para mover á los restantes cuerpos. Generalmente hablando, las provincias echan de menos á los Jesuitas, y cuando se aparece alguno es recibido con aclamacion, por razones que presento con mas extension en una obra particular."

De esta manera respetaba el filosofismo en estos tiempos á la opinion pública, y preparaba la soberania del pueblo. Pero Duclos aun no lo ha dicho todo. A su vuelta de Roma y despues de haber allí estudiado el movimiento intelectual, continúa en estos términos: "Todos los religiosos, sobre todo los dominicos y franciscanos, que tantos papas han dado á la Iglesia, lo que no ha sucedido con los Jesuitas, aunque hayan tenido algunos cardenales, siempre miran á la Sociedad como colonia extranjera, que ha venido á meter su hoz en mies ajena. Tienen envidia del favor y proteccion de que estos nuevos hombres disfrutan, y no les temen ni aun lo bastante para contener y disimular sus sentimientos, y así se les ha visto alegrarse, hasta con escándalo, al llegar la noticia de la espulsion de los Jesuitas de Francia y España. Yo mismo he sido testigo presencial de ello, y me tomé la libertad de decir á aquellos buenos religiosos que estaban completamente ciegos, cuando no veian el nublado extenderse y amenazar con su estrago á todos ellos. El primer rayo habia caído sobre la Sociedad, árbol cuyo ramage cortaba la nube; y así estos religiosos debieron pensar, que

[1] *Voyage en Italie*, pág. 40.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

si el hacha deja caer en tierra los copudos robles, mejor se siega la yerba."

Estas predicciones se hacian á mitad del siglo XVIII, y no llamaron la atención á ninguna de las Ordenes regulares, enemigas ó rivales de la Compañía de Jesus. La tempestad que á todos los debía arrollar se anunciaba por todos lados; y se les vió arrojar gustosamente al piloto á lo profundo del mar, con objeto de librarse, por medio de ese sacrificio, de la impetuosidad de los vientos contrarios. La filosofia declaró una guerra mortal á los regulares, y estos no comprendieron que la destruccion de los Jesuitas era el correo y precursor que anunciaba la muerte de los demas institutos.

Cuando los padres de la Compañía se vieron obligados á salir de Aviñon, ocupado militarmente por las tropas de Luis XV, se encontraron al paso religiosos de diferentes conventos, quienes saludaron con cierta sonrisa maligna á los Jesuitas que marchaban á su destierro: "Reíos, reíos, mis padres, les dijo el rector; nosotros llevamos la cruz á la cabeza de la procesion, cuya marcha rompemos, y vosotros la cerrareis muy pronto."

Algunos años despues, el cardenal de Loménie-Brienne, ambicioso fautor de reformas filosóficas, y quien por cobardia fué primero apóstata y luego suicida, trabajaba en la secularizacion de los regulares. La asamblea nacional rompió sus votos y se apoderó de sus bienes. Tres años despues, sobre la ruina de todas las creencias, de todos los derechos y de todos los templos, la Convencion proclamó el culto de la Razon, como el único digno del universo civilizado. La victoria llevaba en triunfo al ateismo y la revolucion por los cuatro ángulos de Europa. Los reyes, los sacerdotes, los ricos y los pobres, todos indistintamente morian sobre el cadalso. Por favor singular se concedió al Ser supremo un certificado de vida; y Roma, viuda de su pontífice, Roma dominaba por hábiles vencedores, se transformó en República sin libertad. Pio VI, cautivo, exhalaba su último suspiro léjos de la ciudad Santa en los brazos de un Jesuita; y el mundo católico, lleno de consternacion, no tenia bastantes lágrimas para deplorar la caída de sus altares y de sus tronos. Tantas calamidades inauditas, que tan de cerca se sucedieron á la muerte de los discipulos de San Ignacio de Loyola, si bien no fueron consecuencia inmediata de tan gran acontecimiento, este mismo contribuyó á prepararlas y acelerar su éxito, dió nuevas alas á la audacia de los malvados, y entibió el valor de los buenos. Los unos comprendieron que la autoridad cederia siempre, y los otros que ésta no los apoyaria jamas. El combate no era igual; y así degeneró en vergonzosa derrota. La casa de Borbon comprometió su prestigio, le perdió en su destierro, y se perjudicó con esto á sí misma. La Iglesia es

la que únicamente sobrevive y sobrevivirá siempre, porque en sí lleva un principio indestructible.

Clemente XIV debilitó, en cuanto estuvo á su poder y alcance (1), ese principio que descansa en promesas de vida eterna: sacrificó el honor y la dignidad de la silla apostólica á consideraciones puramente humanas; y se redujo casi á la nada bajo el influjo de los príncipes y de sus diplomáticos. Su pontificado quedará para la historia mas como monumento de debilidad que como leccion terrible para sus sucesores, quienes sin duda jamas tendrán necesidad de ella. La fé de los pueblos está demasadamente probada, y un nuevo Clemente XIV es imposible.

[1] La corte romana siempre ha juzgado severamente el breve *Dominus et Redemptor*, que los impíos de todos los paises y colores se han empeñado en ensalzar. En 1823, el cardenal Della Somaglia, decano del Sacro Colegio y secretario de estado en tiempo de Leon XII, dijo al duque de Laval, embajador de Francia en Roma, y es en un despacho de este digno descendiente de los Montmorency donde hemos hallado estas palabras: "Citad una sola falta de la corte romana en los dos últimos siglos, así se expresaba el cardenal; una sola falta que atestigüe su tiranía ó ambicion; no la hay. Ha existido una que demostró su debilidad: Clemente XIV ha dado cuenta de ella."



Orden de esta obra.— Documentos raros que encierra.— Situacion de los Jesuitas en Europa.— La Compañía de Jesus cara á cara con los enemigos del poder sacerdotal.— Todos temen por el primer objeto la destruccion de los Jesuitas.— El marqués de Pombal.— Su carácter.— El privilegio por los Jesuitas.— Dominio de las mentes arbitrarias.— Política de Pombal.— Negar del monarca.— Intolerancia.— Transparencias quiméricas.— Comprende Pombal que el campo es preciso alzar á los Jesuitas.— Causa de la guerra.— Padres del Instituto.— Desagravio por los padres Belinzier.— Valor de Pombal y de los Jesuitas.— Caridad del padre de la Compañía.— El rey vuelve á sus prerrogativas.— La Sociedad.— Pombal sin relaciones con la secta jesuítica.— Diferencia de sus planes.— Pombal sueña establecer un imperio de religion en Portugal.— Ataca á la Compañía de Jesus en su nacion.— Tratado de cambio entre España y Portugal.— Las siete reducciones del Uruguay y la Colonia del Santo Sacramento.— Naturas de este cambio.— Los males de oro de los Jesuitas.— Ambas cortes arrastran á las madres que propusieron á sus hijos para la emigracion.— Los padres Barceña y Neydorfont.— Los Jesuitas, á riesgo de perder el cristianismo y su independencia, obedecen el mandato.— Se les acusa de sublevar los indios.— Condiciones que llegan á ser funestas.— Su obediencia les compromete en los dos campos.— Los indios se sublevaran.— Proscripcion de los Jesuitas en el Brasil.— Los in-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.